

La formación del proletariado rural en el Brasil

OCTAVIO IANNI

1. Introducción

La historia política del trabajador agrícola brasileño puede dividirse en tres periodos principales: en el primero predomina el *esclavo*, en el segundo el *campesino*, y en el tercero el *proletario*. Los antagonismos, las crisis y las luchas en la sociedad agraria brasileña, desde la ley del “Ventre Libre” (Vientre Libre) de 1871 hasta el Estatuto del Trabajador Rural de 1963, señalan las condiciones en que se desarrolla el largo proceso de transformación del esclavo en *trabajador libre*. La ley de 1871 declara libres a los hijos de madres esclavas, nacidos a partir de esa fecha. La ley de 1963 reglamenta las condiciones del contrato de trabajo y de la sindicalización en el sector agrario. A lo largo de esas décadas hubo esclavos (indígenas, negros, mestizos), medieros, colonos, aparceros, asalariados, braceros y otros. Pero también hubo picotas, cepos, emboscadas, invasiones de tierras, huelgas, aprehensiones y asesinatos políticos. Y hubo también romerías, santos milagrosos, monjes, profetas, bandoleros, ligas campesinas y sindicatos rurales. Ese es el conjunto de las manifestaciones de antagonismo, crisis y lucha que señala las sucesivas metamorfosis del trabajador agrícola brasileño.

La transformación del esclavo en proletario, pues, no fue un proceso rápido, armónico y generalizado. Necesitó casi un siglo para desarrollarse. En otras palabras, se desarrolló sólo en la medida en que se desarrollaron las fuerzas y las relaciones sociales de producción en el sector agrario y en el conjunto del subsistema económico brasileño. El proletariado rural, como categoría política fundamental de la sociedad agraria brasileña, se dio en la época en que se verificó la hegemonía de la ciudad sobre el campo, cuando el sector industrial substituyó al sector agrícola (económica y políticamente) en el control de las estructuras de poder del país.

Por lo tanto, para comprender cómo aparece el proletariado rural

brasileño como categoría política, se debe concentrar la atención en las décadas posteriores a la Revolución de 1930. Así, antes de proseguir el análisis, conviene presentar algunos aspectos de la sociedad agraria brasileña, conforme su desarrollo a partir de 1930.

2. El contexto histórico estructural

En primer lugar, la gran depresión económica de los años 1929-1933 y la Revolución de 1930 señalan el fin del Estado oligárquico en el Brasil. En esa época, las burguesías agraria y comercial, ligadas al sector externo (exportación e importación), perdieron el control exclusivo del poder político, el cual pasó a manos de las clases urbanas emergentes (empresarios industriales, clase media, militares, obreros). Aunque aquellas burguesías no hubiesen perdido por completo el dominio del poder político federal (y en los principales Estados de la Unión), la Revolución de 1930 representó una victoria de la ciudad sobre el campo, o sea de las clases sociales urbanas sobre las clases sociales rurales. De esa manera se crearon algunas de las condiciones políticas que favorecerían la futura hegemonía del sector industrial sobre el sector agrario, en especial a partir de la década de 1950.

En segundo lugar, el sector industrial fue adquiriendo importancia en el conjunto del subsistema económico brasileño y se desarrolló más rápidamente que el sector agrario. Tal cosa significa que la reproducción del capital en la economía brasileña pasó a ser controlada por la reproducción del capital industrial. Las transformaciones políticas y sociales que acompañan la crisis de los años 1929-1933 y la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945 crearon las condiciones propicias para una transición hacia un sistema económico en que predomina el sector industrial. Así, en especial entre los años 1950 y 1960, las decisiones sobre la política económica gubernamental fueron tomadas en función de los intereses y de las perspectivas abiertas a la burguesía industrial, en sentido lato. Sin embargo, los sectores industrial y agrario no estaban estancados. Al contrario, en lo que se refiere a las fuerzas productivas (capital, tecnología, fuerza de trabajo y división social del trabajo) eran complementarios e interdependientes. Tales relaciones de complementariedad e interdependencia se desarrollaron y se profundizaron.

En tercer lugar, se fue desarrollando cada vez más la doble dependencia que caracteriza la situación de la sociedad agraria brasileña desde la época en que la burguesía agraria perdió la hegemonía política en favor de otras clases sociales, particularmente la burguesía in-

dustrial. No sólo el producto del trabajo agrícola pasó a manos de otras esferas del sistema económico nacional y mundial, como mercadería para la ciudad y el comercio mundial, o sea bajo el control de otras empresas, grupos económicos e intereses; también sucedió lo mismo con el excedente económico producido por el sector agrario. Además, las decisiones de política económica fueron tomadas principalmente en función de los intereses predominantes en el sector industrial, nacional o internacional.

Uno de los principales eslabones de la cadena de producción, circulación y apropiación es el trabajador agrícola. El está en el centro del sistema de relaciones y estructuras que caracteriza la doble dependencia en que se encuentra la sociedad agraria brasileña.

La producción de excedentes económicos, en los sectores secundario y terciario (típicamente urbanos), se ha apoyado también en la capacidad de tales sectores para apropiarse de una parte del excedente económico producido por el sector agrario. Son varios los medios y las técnicas utilizados para llevar a cabo la transferencia de una parte del excedente agrícola a la ciudad y al extranjero, y para determinar la dirección y el grado de tal transferencia; entre ellos, destacan los siguientes: *a*) poca información acerca de las condiciones del mercado de materias primas, etcétera, producidas en el sector agrario; *b*) acción de grupos económicos nacionales y extranjeros, dedicados en general a actividades industriales, empresas comerciales o establecimientos bancarios; *c*) actuación del sistema bancario, vinculado a empresas y grupos industriales nacionales y extranjeros; *d*) funcionamiento del sistema de comercialización de los productos agrarios (artículos alimenticios, productos tropicales, materias primas), relacionado con grupos económicos o empresas nacionales o internacionales. Es evidente que tales medios y técnicas operan en conjunto; y muchas veces incluso en cadena. Además revelan la manera en que se hacen efectivas y se desarrollan las relaciones de dependencia en la sociedad agraria, frente a la sociedad urbana e industrial.

En el centro de tal situación está el *trueque desigual*, o sea las condiciones por medio de las que se realiza la mercantilización del producto del trabajo agrícola que permiten que se lleve a cabo un trueque aparentemente equitativo y en realidad desigual. Debido a la diferencia de la fuerza de trabajo (en la industria y en la agricultura) y a las prácticas monopolísticas controladas por los grupos económicos (nacionales y extranjeros) de los centros urbanos, el intercambio económico entre el sector agrario y el industrial resulta en un trueque desigual.

La misma división social del trabajo se desarrolla en distintos grados (cuando se compara la industria y la agricultura) y favorece la

fuerza de trabajo obrera en potencia. La dependencia de la producción agrícola frente a las condiciones naturales (estaciones, lluvia, clima, etcétera) limita el ritmo de reproducción del capital agrario. En la práctica, el proletariado rural trabaja un mayor número de horas que el obrero para conseguir el mismo producto de su trabajo: igualmente necesita una mayor cantidad de fuerza de trabajo. Aunque los procesos de mercado tiendan a igualar los trabajos sociales particulares, es indudable que el trabajador rural conserva una parte menor (en comparación con el obrero) del producto de su trabajo. Así, independientemente de las relaciones entre empresas agrícolas, industriales, comerciales y bancarias (nacionales y extranjeras) y de sus intereses particulares, en el ámbito de los grupos económicos y de las corporaciones, el proletariado rural se encuentra en una situación especial, en cuanto a las posibilidades de apropiación de parte del producto de su trabajo.

El trabajador rural, pues, se encuentra en el centro de un sistema de producción bastante amplio y complejo; es como si fuese el vértice de una pirámide invertida. Como abastecedor de fuerza de trabajo productiva, según las condiciones del sector agrario, el excedente que produce el trabajador rural viene a ser apropiado por diferentes sectores del sistema económico. Se reparte entre los siguientes elementos del sistema económico global: el propietario de la tierra, el arrendatario, el comerciante de productos agrícolas en la ciudad, el comerciante en el mercado mundial, la empresa industrial que consume materia prima de origen agrícola y el aparato gubernamental.

Este es el contexto más general (histórico estructural) en que se crean las condiciones sociales, económicas, políticas y culturales en las cuales surgen fenómenos tales como el mesianismo, el bandolerismo, la liga campesina y el sindicato rural. Y es por intermedio de esos movimientos sociales y políticos que se da la metamorfosis paulatina del campesino en proletario.

3. La génesis del proletariado rural

La transformación del campesino en proletario no se da rápida ni repentinamente, ni es un fenómeno igual o generalizado en toda la sociedad agraria. Es un proceso a veces lento y con muchas contradicciones.

Desde el punto de vista de la economía, la génesis del proletariado rural depende de la efectiva transformación del campesino en trabajador libre asalariado, es decir en vendedor de fuerza de trabajo. En otras palabras, desde el punto de vista de la economía, la génesis del

proletariado rural depende de la efectiva separación del productor (el campesino) y la propiedad de los medios de producción. Tal vez se pueda decir que la ocasión en que el proletario aparece de hecho (como categoría económica, social y política) es aquella en que ya no posee, ni real ni imaginariamente, los medios de producción.

Así, se pueden distinguir dos configuraciones económico sociales y políticas en el proceso de transición entre ser campesino y ser proletario. En la primera, el campesino está totalmente inserto en el universo práctico e ideológico característico de la gran unidad económica. Es éste un universo sociocultural e ideológico de tipo comunitario.

En la gran plantación el hombre que sale o entra en su casa está saliendo o entrando en una parte de la propiedad. Así, ningún aspecto de su vida escapa al sistema de normas que rige su vida de trabajador. De esta manera, la experiencia de la vida práctica no le permite desarrollarse como ciudadano y tomar conciencia de su responsabilidad respecto de su propio destino. Todos los actos de su vida son actos de un agregado, de un elemento cuya existencia, en todos sus aspectos, integra la gran unidad económico-social que es la plantación de caña. Aquellos hombres tienen poca o ninguna conciencia de que integran un municipio o un distrito, que son las formas más rudimentarias de organización política; incluso cuando sus habitaciones estén agrupadas en alguna aldea, ésta se encuentra dentro de una "propiedad", razón por la cual la vinculación impersonal con una autoridad pública pierde nitidez frente a la presencia ofuscante de la autoridad privada.¹

La segunda configuración económico-social y política resulta de la ruptura de aquellas relaciones de producción. Debido a innovaciones de las fuerzas productivas, provenientes de las transformaciones del mercado, en el ámbito nacional e internacional, se rompen los vínculos (jurídicos, morales, culturales, sociales, políticos) que mantienen al campesino como parte del sistema social de la hacienda. Es decir que se lleva a cabo la ruptura final entre la propiedad de los medios de producción y el campesino. En el momento en que el trabajador agrícola se transforma en asalariado (tanto en la práctica como en su ideología), surge el proletariado rural.

En otras palabras, el sistema capitalista de producción se amplió y profundizó, al mismo tiempo que se consolidaban las relaciones capitalistas de trabajo. Paralelamente se rechazaron las normas de vida de los trabajadores. Tal cosa sucedió porque aquel proceso vino acompañado, como no podía no ser, por una gran expansión del cultivo de la caña, necesaria para el abastecimiento adecuado de materia prima en los ingenios modernos. Esto, por otra parte, fue reduciendo el espacio disponible para cultivos de subsistencia mantenidos por los trabajadores y de los cuales ellos utilizaban lo esencial para su manutención. También la intensificación del trabajo necesario para hacer frente a las nuevas exigencias de la mayor producción fue robando al trabajador el

tiempo libre de que disponía para dedicarse a sus cultivos particulares de subsistencia. Se transforma así, progresivamente, en un puro asalariado sin más fuente de recursos que su paga; y se ve en la contingencia de adquirir sus alimentos, en proporciones crecientes, en el comercio y a precios relativamente elevados en relación con el aumento de salario obtenido en compensación por la pérdida del derecho a tener sus propios cultivos. Sus normas y condiciones de vida, por lo tanto, se agravan (. . .). Una cosa semejante ha ocurrido en São Paulo con la substitución cada vez mayor del antiguo "colono" de las haciendas cafetaleras, con el jornalero, es decir el puro asalariado.²

Sin embargo, la génesis del proletariado rural no se da sólo en relación con los cambios en las condiciones económicas. Es cierto que el desarrollo de las fuerzas productivas (capital, tecnología, fuerza de trabajo, división social del trabajo) y de las relaciones sociales de producción (de colono o mediero a asalariado) es la base de la metamorfosis del campesino en proletario. Pero ese proceso no se da más que en combinación con modificaciones en los valores culturales y en las normas de comportamiento individual y colectivo. Es decir que tal proceso se da por medio de crisis y movimientos revelados en fenómenos como el mesianismo, el bandolerismo, la liga campesina y el sindicato rural.

El *mesianismo*, por ejemplo, está generalmente ligado a cambios en las relaciones sociales de producción. Ese nivel de la realidad social no es siempre muy visible. Muchas veces la crisis en las relaciones de producción no surge en un primer plano, sino que queda oculta por las condiciones socioculturales del movimiento mesiánico, que en general se manifiesta como fenómeno social y cultural: o mejor dicho, como fenómeno mágico religioso. Por ello, tienden a permanecer en segundo plano, si no olvidadas, sus condiciones económicas más o menos importantes. Y esto se confirma en distintos grados con los acontecimientos relacionados con Canudos, Juazeiro, São Leopoldo, Contestado, Catulé, etcétera. Además, en casi todos los movimientos mesiánicos importantes en el mundo rural brasileño se han encontrado manifestaciones más o menos desarrolladas de la crisis en las relaciones sociales de producción. En su estudio sobre el movimiento dirigido por el monje y profeta João Maria (y sus reencarnaciones) en Contestado en los años de 1912 a 1916, Mauricio Vinhas de Queiroz llegó a las siguientes conclusiones:

Sólo habremos comprendido profundamente lo que sucedió en los sertones del Paraná y de Santa Catarina si consideramos los fenómenos allí registrados como resultado de una crisis de estructura. A través de los años se acumularon problemas sociales de todo tipo, nunca resueltos; se agravaron los conflictos latentes entre las distintas clases y estratos, y así se crearon fuertísimas tensiones (. . .).

Podemos asegurar que (las tensiones sociales) en Contestado se originaron principalmente del anhelo de tierras, de bienestar y de seguridad del pueblo del "sertón"; esto se dio más allá que en cualquier otra parte del Brasil porque, entre otros motivos, se presenciaba la entrega de lotes a colonos extranjeros. Esta aspiración colectiva chocaba con la organización social y política representada por los *coroneles*, que no sólo negaba los medios institucionalizados de satisfacer las necesidades de la gente del sertón, sino que también quitaba la tierra a muchos que ya eran propietarios. Tal era el conflicto básico que provocaba las mayores tensiones, que se agudizaron cuando sentimientos localistas fueron introducidos en la situación; y esto se dio porque la tierra se repartía no sólo entre simples colonos —muchos de los cuales, a pesar de todo, quedaron despojados y participaron en la lucha— sino entre grandes compañías como la *Brazil Railway* y la *Lumber*. Además, en una región y en una época en que los valores religiosos y mágicos eran más importantes que toda ideología, donde la religión tenía un sentido tan pragmático que la roza se bendecía y que se pensaba que se podían curar heridas rezando sobre ellas, donde la religión servía incluso para justificar las desigualdades y legitimar la estructura social existente, no es de extrañarse que la atmósfera explosiva y emocionalmente cargada, producida por las tensiones, haya estado impregnada de creencias religiosas y de misticismo. De esta manera se explica que la rebelión campesina en Contestado —que consiguió en su apogeo reunir contra los *coroneles*, los grandes hacendados y las compañías extranjeras a todos los otros grupos y clases sociales que constituían la mayoría de la población— se haya revestido de un aspecto religioso y se haya actualizado como un movimiento mesiánico.³

La actividad religiosa es también una forma de protesta. Tras la aparente resignación que acompaña al rezo, a la procesión, a la romería y al movimiento mesiánico está el descontento frente a las condiciones de vida actuales. Y ese descontento tiende a manifestarse de manera más o menos inesperada e insólita cuanto más difíciles o críticas estén las condiciones sociales y económicas. Probablemente el mesianismo sea la primera manifestación colectiva desesperada ante una situación de carencia extrema.

El *bandolerismo*, por su parte, surge mucho más directamente del sistema de violencia monopolizado por el hacendado o el *coronel*. Nace de las relaciones políticas de dominación vigentes en una región en que el poder público no existe; o si acaso, existe sólo en términos simbólicos. En ese sentido, el bandolerismo expresa las tensiones y los conflictos entre los mismos hacendados, en el proceso de concentración de la propiedad o en las luchas por las áreas de influencia y mando.

No podían mostrarse de repente demolidores de instituciones respetadas: era necesario mantenerlas; a pesar de sus censuras, eran de alguna manera elementos de orden, amigos de la propiedad, de todos los atributos de la propiedad. Lo que ellos combatían era, no la propiedad en sí, sino la propiedad de sus enemigos.⁴

En otro momento, el bandolerismo expresa las reacciones de la “clase baja” contra las condiciones económicas de apropiación vigentes en la región en que el hacendado es señor casi absoluto. El bandolerismo, pues, acaba huyendo del control de aquel mismo hacendado, y adquiere el carácter de *bandidaje social*. Además, los grupos de bandoleros están formados por “creaturas venidas de abajo”.

El bandolero de hoy, infinitamente distante del coronel, no cuenta con él, no tiene ninguna razón para confiar en él. Y si lo utiliza algunas veces es porque lo aterroriza, amenaza lo que él más precia (. . .).

El bandolerismo del Noreste se presenta bajo dos aspectos; incluso . . . podemos observar dos bandolerismos distintos: uno de origen social y otro, más serio, creado por dificultades económicas.

Por eso afirmé que las persecuciones y las injusticias sólo contribuían al malestar general. Determinaron la aparición de hombres como Casimiro Honório, Jesuíno Brillhante, los Morais y Antonio Silvino.

Algunos de ellos realizaron solos sus hazañas, otros necesitaron instrumentos para defenderse y fueron a buscarlos en la clase baja.

Los instrumentos se liberaron, empezaron a moverse por cuenta propia, adoptaron procesos diferentes de los que habían usado los antiguos patrones. Se volvieron jefes, como Lampião, y engrosaron sus filas.

Fue la miseria la que engrosó sus filas, la miseria causada por el aumento de población en una tierra pobre y fatigada.⁵

La liga campesina y el sindicato rural son contemporáneos. Surgen en la misma época, cuando se da el divorcio definitivo entre el campesino y la propiedad de los medios de producción. Surgen, pues, cuando se rompe la base del “universo comunitario” en que el hacendado, el capataz y el campesino aparecían como miembros de un mismo *nos* colectivo. Es decir, que la liga y el sindicato surgen cuando se definen las fronteras reales (económicas, sociales, culturales, políticas e ideológicas) que separan al hacendado y al trabajador rural; cuando el campesino se transforma en proletario.

Es importante también el hecho de que la *liga campesina* corresponde mucho más directamente a las reivindicaciones del mismo trabajador rural. Nace como una reacción de aquel trabajador contra las condiciones económicas y sociales adversas en que se encuentra, en cuanto productor. Es una reacción a la forma en que se reparte el producto del trabajo, cuando el trabajador sólo puede conservar una parte muy pequeña.

El trabajador agrícola medio es engañado a cada paso de su vida: en el momento de ser contratado; cuando recibe su salario; cuando se divide el produc-

to; o en el momento de ser despedido. Trabaja en un régimen de una inestabilidad y una falta de seguridad casi completas. Vive en continuo temor de suspensión, de castigo y a veces de terror. No tiene una casa decente, ni alimento y agua suficientes, ni instrucción, ni facilidades médicas y ni siquiera esperanzas de mejoría (. . .). La solicitud de una mejoría de las condiciones de vida y de trabajo sólo puede hacerse en circunstancias humillantes para quien la hace (. . .). Para cada trabajador despedido, existen muchos substitutos en los alrededores. Los patrones en general han mantenido a sus trabajadores "en movimiento", desorganizados y desorientados, pobres y sin instrucción. Puesto que sistemáticamente se eliminan las posibilidades de acumular ahorros, resulta un estado permanente de dependencia del patrón. En calidad de deudores, pignorados, arrendatarios o "vendedores" de productos agrícolas, incluso llegan a ser considerados como una fuente de ingreso adicional para los propietarios de las tierras (. . .). Sucede también que quien está bien organizado es el patrón: rebate cualquier amenaza a su control casi absoluto sobre el trabajador por medios colectivos sutiles y sin alarde (. . .). Aunque algunos patrones que alquilan mano de obra admiten la existencia de graves injusticias y del maltrato del trabajador rural. . . , el modelo de conducta que domina la escena rural es el de los grandes propietarios de tierras y su contenido está marcado por el punto de vista que considera a los trabajadores rurales como instrumentos de trabajo, y no como individuos con derecho a los beneficios sociales, políticos y económicos que la sociedad les puede proporcionar.⁶

El trabajador rural es el eslabón más vulnerable en la cadena del sistema productivo que comienza con su fuerza de trabajo y termina en el mercado internacional. El parece ser el vértice de una pirámide invertida, en el sentido en que el producto de su trabajo se reparte entre muchos, pero que a él le queda poco. Este es el contexto en que surge la liga campesina, simbolizando la reacción del trabajador rural contra las precarias condiciones de vida vigentes en el mundo agrícola.

En 1955 surge la "Sociedade Agrícola e Pecuária dos Plantadores de Pernambuco", más tarde llamada "Liga Camponesa de Galiléia". Esta iniciativa se debe a los mismos campesinos del "Ingenio Galiléia", en el municipio de Vitória de Santo Antão, no muy lejos de Recife (. . .).

Puesto que era una sociedad civil beneficiante, de auxilio mutuo, su objetivo era fundar una escuela primaria y formar un fondo para adquirir cajoncitos de madera para los niños, que en aquella región mueren en proporción alarmante. El estatuto de la sociedad menciona otros objetivos más remotos, como la adquisición de semillas, insecticidas, instrumentos agrícolas, y la obtención de ayuda gubernamental y de asistencia técnica. En el "Ingenio Galiléia" había —y aún hay— 140 familias campesinas, que forman un total de casi mil personas. Las autoridades les negaban el derecho de tener una profesora, y el dueño del latifundio, un ausentista, a pesar de tener hijos profesionistas y gracias al foro arrancado anualmente a aquella pobre gente, tampoco cumplía el artículo de la Constitución Federal que obliga a todo establecimiento agrícola con

más de 100 trabajadores a mantener una escuela gratuita para ellos y sus hijos. En su humildad, después de formar la dirección de la sociedad con un presidente, un vicepresidente, un tesorero y otros cargos, invitaron al señor del ingenio a participar como Presidente Honorario. La toma de posesión fue solemne; el dueño de la tierra quedó satisfecho porque era el único de la región que había recibido tal homenaje de los foreros explotados.

Advertido poco después por otros latifundistas de que con esto se acababa de instalar el comunismo en sus dominios, tomó providencias inmediatas para impedir el funcionamiento de la escuela. No quiso ya ser Presidente Honorario de la sociedad. Incluso exigió su extinción. Los campesinos se resistieron. Los amenazó con despedirlos. Los campesinos se dividieron. Una parte no se intimidó. Era la mayoría, ya entonces dirigida por el ex-administrador de "Galiléia", José Francisco de Souza, el viejo "Zezé", como se le conocía en todo el país, un campesino que tiene hoy cerca de 70 años de edad y más de 40 de vivir en aquellas tierras. Sereno, honesto, respetado por su bondad y su espíritu de tolerancia, resistió todas las amenazas y violencias que desde entonces se practicaron contra él y sus seguidores; por eso, fue llevado varias veces a la presidencia efectiva de la Liga, de la que es jefe por elección unánime de los campesinos de Pernambuco.

Comenzaron en seguida las intimidaciones, las llamadas a la Delegación de Policía, la presencia del Promotor, del Prefecto, del Juez. Procuraron aislar a los más responsables, como Manoel Gonçalves, João Vergílio, José Braz de Oliveira, entre decenas de otros. El círculo se abría, día tras día. Los campesinos buscan la ayuda de un abogado.⁷

Según vemos en la cita anterior, la "Sociedade Agrícola e Pecuária dos Plantadores de Pernambuco" se transforma en la "Liga Camponesa de Galiléia", debido al proceso de consecución de sus objetivos. Esta transición representa la metamorfosis del campesino en proletario rural, como nueva categoría política. A medida que los trabajadores luchan para que sus reivindicaciones sean atendidas, se desarrollan los antagonismos, las tensiones y los conflictos entre estos trabajadores y los hacendados o sus representantes. En tal proceso, entran en acción la policía, el abogado, el diputado, el gobernador, etcétera. Es decir que, a medida que las reivindicaciones de los trabajadores rurales se van realizando, según los nuevos medios propuestos por los mismos trabajadores, se agudizan los antagonismos. Al mismo tiempo, se diluyen las fronteras entre el campo y la ciudad. O sea que se desarrollan las relaciones políticas que estaban empezando a surgir con la transformación de las relaciones sociales de producción. En poco tiempo aparece el proletariado rural como una categoría política nueva. Y tiende a desaparecer la imagen del campesino, como expresión social y política de una etapa anterior en el desarrollo de la organización social de la producción. En grados y ritmos distintos, este proceso se dio en varias regiones del país.

A partir de abril de 1964, sin embargo, las ligas campesinas dejaron de existir. A los ojos de los nuevos gobernantes del país, estaban demasiado politizadas e independientes del control del aparato estatal.

El *sindicato rural*, por su parte, es un resultado más directo de las reivindicaciones del trabajador rural y de la actuación del Estado. El sindicato rural aparece como una técnica social de institucionalización de las relaciones de producción, según las exigencias de un Estado capitalista en una etapa de rápida maduración. En especial, surge como una técnica de formalización del mercado de trabajo en el sector agrícola. Es importante señalar que sólo a partir de 1963, con el Estatuto del Trabajador Rural, se sistematizan las condiciones de contrato de trabajo y de la sindicalización en la sociedad agraria brasileña. La Consolidación de las Leyes del Trabajo, de 1943, no revelaba ninguna preocupación especial con el trabajador agrícola. Al contrario, estaba orientada en el sentido de definir y reglamentar sólo las condiciones de oferta y demanda de fuerza de trabajo en la ciudad (sectores secundario y terciario). Fue sólo veinte años después, debido al agravamiento de los antagonismos sociales y políticos en el campo, que los poderes legislativo y ejecutivo empezaron a formalizar las condiciones del contrato de trabajo en el campo.

Así, en poco tiempo comenzaron a multiplicarse los sindicatos rurales en todo el país. Antes, particularmente entre 1955 y 1963, se habían multiplicado las ligas campesinas. Después, cuando fue promulgado el Estatuto del Trabajador Rural, los sindicatos se crearon en una escala mayor que las ligas, a muchas de las cuales absorbieron, debido a mayores recursos de organización y financieros de los partidos políticos y movimientos sociales interesados en crear y desarrollar sus bases políticas (Partido Comunista del Brasil, Partido Laborista Brasileño, Iglesia Católica, etcétera).⁸ La misma Superintendencia para la Reforma Agraria (SUPRA), órgano del gobierno federal en los años 1963-1964, promovió la creación de sindicatos rurales. Así comenzó a reducirse el campo de acción del principal dirigente nacional de las ligas campesinas, el diputado federal Francisco Julião del Partido Socialista Brasileño. El 31 de diciembre de 1963 ya había en el Brasil 270 sindicatos rurales y diez federaciones sindicales oficialmente registradas. Además, otros 557 sindicatos y otras 33 federaciones aguardaban el registro oficial.⁹

La sindicalización rural fue el último acontecimiento político importante en el proceso de transformación del campesino en proletario. Sin embargo, después de la fase excepcional de las ligas, cuando el proletariado rural parecía empeñado en definir un proyecto político más cercano a sus intereses de clase, la sindicalización rural tuvo el carácter de una reacción moderadora. Con ésta, se inicia la fase de

burocratización de la vida política del proletariado rural; se relacionan el trabajador rural, el sindicato y el aparato estatal, con o sin la mediación de partidos políticos.

También la sindicalización rural sufrió una interrupción violenta, a partir de 1964, cuando se formó el gobierno del mariscal Humberto de Alencar Castello Branco. Se eliminaron de la escena política brasileña a varios dirigentes de movimientos que entonces se desarrollaban en el medio rural: Francisco Julião, Miguel Arrães, Gregório Bezerra, Leonel de Moura Brizola y otros. Los sindicatos, sin embargo, no fueron declarados ilegales, como las ligas. Pero hubo intervención gubernamental en muchos, porque el aparato estatal no estaba de acuerdo con la manera en que ellos llevaban a cabo las reivindicaciones de los trabajadores del campo.

Es evidente que tal interferencia estatal en el sindicalismo rural no evitó que se desarrollasen las tensiones sociales en el campo. Al contrario, la forma en que fue interrumpida la actividad sindical en el medio rural brasileño provocó el agravamiento de los antagonismos sociales. Tan fué así que el proletariado rural tuvo que volver a iniciar su lucha por el derecho a la sindicalización, como condición preliminar para reivindicar condiciones más equánimes en los contratos escritos o verbales de trabajo, como medida básica para preservar físicamente el proletariado rural.¹⁰

4. *Clase económica y clase política*

En síntesis, como se vio en páginas anteriores, el proceso de transformación del campesino en proletario, en cuanto categorías políticas, incluye las siguientes condiciones: a) El desarrollo de las fuerzas productivas, tales como capital, tecnología, fuerza de trabajo y división social del trabajo. Este desarrollo está directamente relacionado con los movimientos del mercado nacional e internacional de productos tropicales, artículos alimenticios y materia prima para fines industriales. b) La transformación de las relaciones de producción, conforme esas relaciones se manifiestan en las actividades de trabajadores como el colono, el residente, el mediero, el aparcerero, el prestatario, el rentero, el asalariado, el peón, el bracero y otros. c) La transición del mesianismo y del bandolerismo a la liga campesina y el sindicato rural, como formas de organización y comprensión de existencia social del trabajador rural.

Tales condiciones no se realizan simultáneamente, ni de manera armónica y generalizada en toda la sociedad brasileña. El análisis de los diferentes aspectos de esas condiciones de formación del proletariado rural revela que la sociedad agraria brasileña presenta desigualdades y

discontinuidades de varios tipos. Esta situación, sin embargo, no impide que se pueda indicar y describir la tendencia predominante en la evolución de las relaciones de producción. En ese sentido, la transformación de las relaciones económicas, sociales y políticas producen un cambio cualitativo en las condiciones de organización y en la comprensión del trabajador rural brasileño.

En cuanto *campesino*, el trabajador rural está práctica e ideológicamente ligado a la hacienda, al hacendado, a los medios de producción, a los otros trabajadores y sus familias, a la capilla y a la casa grande. Se considera a sí mismo como miembro de un *nos* muy cargado de valores y relaciones de tipo comunitario. En ese ambiente, no puede hacerse más que de una pequeña parte del producto de su trabajo. Sin embargo, las relaciones sociales en general, incluso sus relaciones con el hacendado (o sus representantes) están marcadas por los significados peculiares de los valores y normas de acción y pensamiento específico de la hacienda, como sistema patrimonial de organización social de la vida. En ese ambiente predominan las relaciones frente a frente, características de los grupos primarios. Así se explica que el hacendado (o su representante) pueda ser compadre del campesino. En nivel ideológico, allí está el reino del *valor de uso*. Es decir, que las relaciones de producción no son consideradas o evaluadas en términos de la economía de mercado, de dinero. A pesar de producir para el mercado y de estar alejado de buena parte del producto de su trabajo, el campesino no dispone de las condiciones sociales y culturales indispensables para la comprensión de su situación real. El no es más que una clase económica subalterna; vive en la condición de una "clase en sí". Tal es el ambiente sociocultural, económico y político en que pueden surgir movimientos mágico religiosos (romerías, curanderos, padres milagrosos, monjes, profetas) o manifestaciones de violencia de tipo anárquico (emboscadas, vendeta, bandolerismo).

En cuanto *proletario*, el trabajador rural está práctica e ideológicamente divorciado de los medios de producción, de la hacienda, de la casa grande, de la capilla, del hacendado y de sus representantes. Está fuera de la hacienda, física e ideológicamente. Su grupo, su *nos*, son principalmente los otros trabajadores. Y el hacendado junto con sus representantes (intendente, capataz, administrador u otros) son los *otros*. Unos y otros están divorciados, son extraños. Pueden concebirse como diferentes en cuanto a derechos, deberes y ambiciones. Se organizan y se consideran como categorías distintas. En nivel ideológico, se generaliza el reino del *valor de trueque*. Es decir, que las relaciones de producción pasan a ser comprendidas y evaluadas con mayor claridad, como relaciones mercantilizadas o mercantilizables. En ese contexto, el trabajador aparece como una clase política, que tiene

una conciencia política más autónoma, como “clase para sí”. Esas son las condiciones socioculturales, económicas y políticas en que surgen las ligas campesinas y los sindicatos rurales. En lugar de las rebeliones de impronta mágico-religiosa, o de la violencia anárquica, surgen movimientos políticos de clase, organizados según las exigencias de la lucha por el poder y por la transformación de las condiciones de existencia del proletariado rural como un todo.

São Paulo, enero de 1971

Traducción de Mónica Mansour

¹ Celso Furtado, *Dialéctica do Desenvolvimento*, Editôra Fundo de Cultura, Río de Janeiro, 1964, pp. 141-42. Cita tomada del capítulo 3: “O Processo Revolucionario no Nordeste.”

² Caio Prado Jr., *A Revolução Brasileira*, Editôra Brasiliense, São Paulo, 1966, pp. 152-53.

³ Mauricio Vinhas de Queiroz, *Messianismo e Conflito Social (A Guerra Sertaneja do Contestado: 1912-1916)*, Editôra Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1966, pp. 285-86.

⁴ Graciliano Ramos, *Vivientes das Alagoas*, 2ª edición, Livraria Martins Editôra, São Paulo, 1967, p. 154.

⁵ *Ibidem*, pp. 154-56.

⁶ Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA), *Posse e Uso da Terra e Desenvolvimento Sócio-Econômico do Setor Agrícola: Brasil*, publicado por la Unión Panamericana, Washington, 1966, pp. 615-16.

⁷ Francisco Julião, *Que São as Ligas Camponesas?*, Editôra Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1962, pp. 24-25.

⁸ “Pero organizar es difícil. Mucho más organizados que Julião están el Partido Comunista y la Iglesia Católica. La Iglesia y el PC dicen hoy que el trabajo de las Ligas Campesinas de Julião cesó con la fundación de los Sindicatos Rurales (. . .). Las Ligas están por todas partes, pero los Sindicatos las están devorando.” Cf. Antonio Callado, *Tempo de Arrães (Padres e Comunistas na Revolução sem Violência)*, José Alvaro Editor, Río de Janeiro, 1964, pp. 58-59.

⁹ Robert E. Price, *Rural Unionization in Brazil*, The Land Tenure Center, University of Wisconsin, Madison, agosto 1964, p. 83. Datos extraídos de una publicación de la SUPRA.

¹⁰ Acerca de las tensiones y luchas sociales en el campo: “Lavradores pedem que estatuto vigore”, *O Estado de São Paulo*, 11 de noviembre de 1969, p. 9; “No campo so o patroa é contra a associação”, *Jornal do Brasil*, Río de Janeiro, 4 de mayo de 1970, p. 3; “Continua invasao no Paraná”, *O Estado de São Paulo*, 13 de diciembre de 1970, p. 92; “Denunciada escravidao no Pará”, *O Estado de São Paulo*, 27 de septiembre de 1970, p. 10; “Onde a terra pode custar a morte”, *Jornal da Tarde, São Paulo*, 14 de abril de 1970, p. 11; “Lavradores iam ser vendidos em Mato Grosso; detidos os caminhoes”, *Folha de São Paulo*, 26 de julio de 1968, p. 5.